



E-Ciencias de la Información

Revista electrónica publicada por la
Escuela de Bibliotecología y Ciencias de la Información,
Universidad de Costa Rica, 2060 San José, Costa Rica
<http://ebci.ucr.ac.cr>



E-Ciencias de la Información

Revista electrónica semestral, ISSN-1659-4142

Volumen 2, número 2, discurso 1

Julio - diciembre, 2012

Publicado 1 de julio, 2012

<http://revistaebci.ucr.ac.cr/>

Los guardianes de la memoria

Carlos Manuel Villalobos Villalobos



Protegido bajo licencia Creative Commons
Universidad de Costa Rica

Los guardianes de la memoria

Carlos Manuel Villalobos Villalobos¹

PRESENTACIÓN

Palabras pronunciadas en el marco del 40 aniversario de la Asociación de Estudiantes de Bibliotecología y Ciencias de la Información, 27 de abril de 2012

Fecha de recibido: 4 may. 2011 **Fecha de aprobado:** 15 may. 2011

Cuando aún no había papiros ni huella de palabra en las estelas, los inventores de historias apuntaban la poesía en su memoria. Luego, al son de los grillos y las fogatas escribían sus obras, sílaba a sílaba, en el oído de los demás.

Con la invención de la escritura la memoria de los humanos encontró una fórmula maravillosa para burlar el olvido, pero al mismo tiempo, como pasa ahora con las máquinas de calcular, la mente atendida a los registros descuidó la nemotecnia o el arte de recordarlo todo. Fue así como desaparecieron los contadores de historias que iban de pueblo en pueblo recordando las hazañas de los héroes o entreteniendo con fantásticos dragones y otros seres de la magia.

La escritura, en consecuencia, fue un invento extraordinario que salvó a la memoria del riesgo del olvido, pero al mismo tiempo arriesgó la memoria natural, pues la gente ya podía despreocuparse de recordarlo todo. Esta paradoja recuerda las reflexiones del filósofo francés, Jacques Derridá, quien utilizó el juego semántico y contradictorio del término griego *fármakon* (fármaco). Paradójicamente, el significado de esta palabra borra con el codo lo que escribe con la mano, pues *fármakon* es remedio, es decir antídoto (de ahí deriva farmacia); y al mismo tiempo es veneno: de ahí deriva farmacodependencia.

Dicho de otro modo, la escritura es el veneno y al mismo tiempo el antídoto de la memoria; es lo que permite recordar y es lo que se deja olvidado en los millones de estantes que actualmente existen en el mundo, y que de igual manera ahora se están vaciando en miles de sitios ciberespaciales y que, como si fuera poco, caben sin mayor problema en dispositivos de memoria tan pequeños que si alguien quiere puede hacerlos parecer un arte y lucirlo por la calle.

Por otra parte, casi desde su origen, la palabra escrita ha sido vista con cautela. Lo que se dice oralmente se lo lleva el viento, pues ya nadie confía en la memoria, pero la escritura es una siembra que se deja a merced de los terrenos y es por eso que es también cosecha. Y esta es la historia de la literatura: simientes de ideas diseminadas por el mundo. Quizá por eso, con la llegada del libro, siglos después de que el invento chino de los tipos móviles cayera en manos

¹ Universidad de Costa Rica. Escuela de Filología y Lingüística. COSTA RICA
CARLOS.VILLALOBOS@ucr.ac.cr

del Johannes Gutenberg, el libro ya era un susto para los defensores de las ideas estancadas en las sillas del poder. Así pues, si controlaban el libro controlaban el peligro. Hoy sabemos de antiguas y gigantes bibliotecas que desaparecieron, como la famosa de Alejandría o las que incendiaron los españoles aquí en América. En este camino son peculiares algunas de las que crecieron al amparo de los monjes traductores y amanuenses (algunos incluso escribas convictos). En estos depositarios se copiaba, se censuraba y se vigilaba la escritura. En una magistral parodia, Umberto Eco en *El nombre de la Rosa* construye un bibliotecario enigmático que, de paso, caricaturiza al escritor argentino Jorge Luis Borges. Su personaje Jorge de Burgos era también ciego y resultó ser el asesino en serie de la novela. El que osaba leer los libros prohibidos de su biblioteca moría envenenado al tocar el letal veneno con el que él había untado las páginas.

La palabra libro deriva del latín “*liber*” que a la vez está conectado con la raíz indoeuropea “*leub(h)*” y que significaba “pelar”, “quitar la cáscara”, “descortezar un árbol”. Esta etimología tiene sentido por el material con el que tradicionalmente se fabrica el libro, pero es interesante el sentido de quitar la cáscara como una oportuna metáfora para vincularla con el sentido etimológico de la palabra leer, pues este último término viene del latín “*legere*” que significa “recoger” y también “escoger”. La base indoeuropea de esta palabra es “*leg*” que significaba “juntar, recolectar”. Son innumerables las palabras vinculadas con esta raíz: de ahí derivan: “elegir”, “religión”, “lección”, “inteligencia” y curiosamente la palabra “elegante”, es decir, el que elige o escoge adecuadamente lo que se pone.

Quisiera compartir con ustedes en este punto una sorprendente conexión semiótica: la palabra “leña” es un étimo hermano del término “leer”, pues deriva de “*lignum*” y significa “lo recolectado o seleccionado para el fuego”. Leña es entonces lo escogido adecuadamente para que arda. Deberíamos entonces cambiar el significado de la expresión “estar echo leña”, pues el sentido original es realmente hermoso, es la mejor selección en tanto combustible adecuado para del fuego.

Así pues, “leer” y “leña” son hermanos: ambos se vinculan con seleccionar, recoger. La diferencia es que la leña se utiliza para prender y avivar el fuego, mientras que la lectura sirve para encender la inteligencia y la memoria. Regreso ahora al sentido etimológico de la palabra libro. Espero que lo hayan apuntado en la memoria. Claro, “*liber*” era destapar, quitar la cáscara... ¿No es sorprendente este haz semiótico de coincidencias metafóricas?

He dicho todo esto para hacerles, para hacerme y para hacernos algunas preguntas que parecen urgentes en nuestro tiempo: ¿Qué es lo que debemos seleccionar, es decir qué es lo que debemos leer entre tantos mensajes que reclaman la atención? ¿Qué es lo que estamos seleccionando para guardar en las bodegas de la memoria colectiva? ¿Cuál es la leña que estamos escogiendo para las hogueras de hoy? ¿Qué papel tiene en todo esto el bibliotecónomo o, como más comúnmente se le conoce, el bibliotecólogo?

Lo primero que hay que ver es que los soportes y los códigos de escritura ya no son solo verbales y que el libro tradicional es solo un paso importante en la historia universal de la escritura: los soportes de hoy son también visuales, audiovisuales, hipertextuales. La película

del DVD, un disco compacto, un video juego son transformaciones del libro, o sea, soportes de escritura.

Estos soportes de escritura masiva son un aguacero torrencial de información. Vivir en plena inundación de mensajes no es fácil. ¿Qué botes de salvación son posibles para navegar por estas aguas? La explicación, la reflexión, la información son pequeñas islas en medio de las aguas de la enajenación, el espectáculo y los gritos desaforados de la publicidad.

¿Quién habla, quién oye? ¿Qué medios usa, qué códigos...? ¿Cuál es la ideología y los poderes que sostienen este diluvio de mensajes?

Si antes la palabra se guardaba con sigilo en las prohibidas bibliotecas y esto no funcionó, la nueva estrategia consiste en inundarlo todo y acallar el peligro de los que siembran escrituras que cuestionan el poder.

Frente a estas circunstancias la pregunta urgente sigue siendo qué leer, es decir qué escoger, que leña usar para el fuego necesario.

Y es aquí donde ustedes, los bibliotecólogos, son de una importancia indiscutible. Ustedes son los orientadores en este caudal de desbordes. Ustedes son los profesionales llamados a leer, a entresacar con inteligencia. Son los llamados a diferenciar entre lo verde y lo maduro; entre lo nutritivo y lo venenoso, entre lo apetecible y lo asqueroso.

Si el antiguo bibliotecario era un coleccionista que reunía todo lo publicado, hoy el bibliotecólogo es todo lo contrario: es el que escoge y el que descarta con criterio, el que aparta la basura y la semilla mala y el que guarda la leña correcta. El bibliotecólogo de hoy no es un identificador experto de códigos para el catálogo; ahora es más un dictaminador crítico de discursos: impresos, audiovisuales, hipertextuales... En otras palabras, es un lector, un “entreseleccionador”, un científico que sabe mirar la cultura y es capaz de identificar qué de todo lo vaciado en este río sirve para la vida y qué es solo maleza, estorbo, discurso insano y violencia.

Si este camino de información para la existencia en equilibrio es el que dicta la escogencia de lo que debe guardarse para la memoria del futuro, entonces, el bibliotecólogo debería llamarse también bibliote-ecólogo, porque es alguien que sabe guardar para preservar lo que nuestra especie necesita para su andar en el Planeta.

Agradezco, sinceramente, la invitación que me hiciera la Asociación de Estudiantes de Bibliotecología y Ciencias de la Información para compartir con ustedes estas breves palabras en el marco de su 40 aniversario. Creo en una comunidad universitaria donde nuestros estudiantes sean lectores con criterio y veo, por lo tanto, que ustedes, los profesionales en Bibliotecología y Ciencias de la Información, son claves en esta tarea. Por ende, la formación de esta carrera tiene que seguir siendo sólida, interdisciplinaria y tiene que ir necesariamente más allá de lo que se escribe en los soportes físicos o informáticos. El bibliotecólogo debe también ser un lector de la cultura y de la vida, y ahí en la encrucijada de la sombra y de la luz, del remedio y del veneno, de la verdad y la mentira, del desaliento y la esperanza; por encima

del plagio, del olvido y del boom de los negocios, ustedes son los llamados a escoger las lecturas de este tiempo. Por esto, es necesario diferenciar las leñas: el humo de la leña mala nubla la mirada, asfixia y contamina; en cambio la leña buena ilumina, da calor y no se apaga fácilmente.

Apreciadas y apreciados estudiantes de bibliotecología, aprendan a quitar la cáscara del libro, miren la madera de los mensajes, miren siempre el corazón de las palabras.

Cuando aún no había papiros ni huella de palabra en las estelas, los inventores de historias apuntaban la poesía en su memoria y luego las escribían en el oído de los demás. Hoy todo es un incendio de apuntes y el humo exagerado nubla la mirada. En este contexto, los bibliotecólogos son los llamados a fungir como catadores de la historia y la cultura. Dotados de recursos modernos, ustedes siguen siendo los guardianes del saber.